

ducta no corresponde á la santidad de tu estado. No se pase el dia de hoy sin que des señales visibles de tu conversion verdadera. Comienza por la observancia de esas reglas que quebrantas sin remordimiento; deshaciéndote de este espíritu propietario, de ese fondo de propia voluntad que algun dia te harán gemir si no los reformas desde luego. No cuentes mucho sobre esas licencias vagas y generales; sobre esas dispensaciones abusivas; sobre esos estilos poco religiosos que en la hora de la muerte sobresaltan justamente á la conciencia. Comienza hoy á vivir como quisieras morir; esta es la resolucion mas importante.

2 La contricion es interior; pero la conversion debe ser visible. Jesucristo resucitó, decia el ángel á las mujeres que le iban á buscar al sepulcro; ya no está aquí: *Surrexit, non est hic*. Este es el verdadero modelo de una alma verdaderamente convertida. Detesta ya los desórdenes de tu vida pasada, tu conducta poco regular, tus frecuentes recaídas, tu vida regalona, inútil y entretenida. Pues haz que despues de esta Pascua se pueda decir con verdad: Fulano resucitó: *Surrexit*; y así no hay ya que buscarle en esas concurrencias del mundo, en esas ocasiones próximas, en esas costumbres de pecar, porque *non est hic*: ya no está aquí: en nada de esto se encuentra, ni se halla en esas diversiones peligrosas, ni asiste á esas tertulias ocasionadas; su frecuente asistencia á la iglesia, su respeto y su devocion en el templo, aquella moderacion, aquella apacibilidad en el trato, aquella circunspeccion, son visibles pruebas de su perfecta resurreccion. ¿Y por qué no podrás tú lograr desde hoy el dulce consuelo de notar en tí mismo estas bellas pruebas? Acaso será esta la postrera Pascua para tí. ¿Qué locura es dilatar para el año que viene, cuando ciertamente para muchos no habrá tal año, una conversion, que aun suponiéndola en este año, quizá habrá ya tardado demasiado? Postrado, pues, delante de un crucifijo, dile á Dios resueltamente, ó que no te quieres convertir jamás, ó que con el socorro de su gracia quieres hacerlo desde este mismo momento.

DIA XXII.

MARTIROLOGIO.

SAN SOTER, papa y mártir, en Roma en la via Apia. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN CAYO, papa, en Roma tambien, el cual fué martirizado en la persecucion del emperador Diocleciano. (*La noticia de este santo va unida con la anterior.*)

LOS SANTOS APELES Y LUCIO, en Esmirna, de los primeros discipulos de Jesucristo.

MUCHOS SANTOS MÁRTIRES, en el mismo dia, los cuales al año siguiente del martirio de Simeon, y en dia de viernes santo, por mandato de Sapor, rey de Persia, fueron degollados en todo su reino por confesar á Jesucristo. En esta sangrienta batalla de la fe padecieron AZADES, eunuco muy amado del rey; MILES, obispo insigne en santidad y milagros; ACEPSIMAS, obispo, con su presbitero SANTIAGO; AITALA y JOSEPH, presbiteros; AZADANES y ABDIESO, diáconos, y otros muchos clérigos; MAREAS tambien y BICOR, obispos, con otros veinte obispos, cerca de doscientos y cincuenta clérigos, y muchos monges y virgenes consagradas á Dios, entre las cuales se cuenta una hermana de S. Simeon, obispo, llamada TARBULA, con una criada suya, las cuales atándolas á un palo, murieron con gran crueldad aserradas por medio.

LOS SANTOS PARMENIO, HELIMENAS Y CRISÓTELO, presbiteros, LUCAS Y MUCIO, diáconos, tambien en Persia, cuyo glorioso martirio se lee en la historia de los santos Abdon y Senen.

EL TRÁNSITO DE SAN LEONIDES, mártir, en Alejandria, que padeció en tiempo de Severo.

SAN EPIPODIO, en Leon de Francia, el cual preso en compañía de su concólega Alejandro, en la persecucion de Antonino Vero, despues de padecer crueles tormentos fué degollado.

SAN LEON, obispo y confesor, en Sens.

SAN TEODORO, obispo, en Anastasiópolis, esclarecido en milagros.

SAN SOTERO Ó SOTER, Y SAN CAYO, PAPAS Y MÁRTIRES.

SAN Sotero, tan recomendable por su caridad y por su zelo, fué natural de Fondi, en el reino de Nápoles. Nació por los fines del primer siglo, ó por los principios del segundo, y tuvo la dicha de ser educado en el seno de la Iglesia en aquellos felices dias de su primitivo fervor, y así mamó todo su espíritu. No contribuyó poco á que se hiciese tan célebre en el clero, así por su virtud como por su sabiduría, su larga mansion en Roma en un tiempo en que la fe y la piedad de los romanos servian de modelo á todas las iglesias del mundo. Venerábanle como á santo, y oíanle como á oráculo; y así habiendo muerto S. Aniceto por los años de 161, fué S. Sotero elegido unánimemente por su sucesor en la silla de S. Pedro.

No sirvió esta suprema dignidad mas que para dar nuevo lustre á su eminente virtud, y para que brillase mas aquella ardién- te caridad, que fué siempre el carácter de nuestro Santo. Dióle grandes ocasiones para que la ejercitase durante el tiempo de su pontificado el emperador Marco Aurelio Antonino por la cruel persecucion que escitó contra los cristianos. No fué solo Roma el



S. SOTERO PAPA Y M.

teatro donde triunfó la paciencia de los fieles; todo el mundo fué testigo, y á un mismo tiempo admirador de su magnanimidad y de su constancia. Unos enterrados vivos en profundos calabozos, oprimidos con el peso de los hierros; otros sepultados en las minas; estos despedazados en los cadalsos; aquellos espuestos á las fieras en los anfiteatros. Este era el espectáculo que ofrecían á los ojos del mundo los cristianos cuando S. Sotero se encargó del gobierno de la Iglesia: con que tuvo ocasion de emplear toda su vigilancia y su desvelo en descubrir las necesidades espirituales y corporales de aquellos santos confesores, y todo su zelo en remediarlas.

Escediendo á la caridad de los santos pontífices sus predecesores, ó siendo mas feliz en los medios de practicarla, no omitió diligencia alguna para recoger cuantas limosnas pudo, enviándolas, como las envió, á las iglesias de diferentes ciudades, acompañadas de instrucciones muy saludables en las cartas que las escribía, en que exhortaba á los fieles á mantenerse firmes en la fe, á vivir unidos entre sí con los obispos y pastores que los gobernaban, á sufrir con paciencia y aun con alegría las crueles persecuciones y tormentos que padecían por amor de Jesucristo, y que les merecían la corona del martirio.

Pero el que así atendía á que se comunicasen los efectos de su caridad hasta los últimos ángulos del mundo, ¿como podía olvidar á los que estaban padeciendo, digámoslo así, delante de sus mismos ojos y á su vista? Era, pues, digno de la mayor admiracion ver á aquel gran papa, oprimido de años y trabajos, buscar en persona á los cristianos dentro de las cavernas y lugares subterráneos, alentarlos con sus palabras, animarlos con sus ejemplos, y mantenerlos con sus continuas limosnas.

Aunque la caridad de nuestro Santo á ningun pobre escluía, principalmente la practicaba, y aun la doblaba con aquellos que actualmente estaban padeciendo por Cristo, ya en las cárceles, ya en las minas, donde muchas veces se hallaban destituidos de todo socorro, como se reconoce sobre todo por la carta que le escribió S. Dionisio, obispo de Corinto. *Desde luego, dice, te acostubraste á derramar tu beneficencia sobre los hermanos, enviando á muchas iglesias con que mantenerse; aquí socorres á los pobres en sus grandes necesidades; allí asistes á los que trabajan en las minas: en todas partes renuevas la generosa caridad de tus antecesores, socorriendo á los que padecen por Jesucristo. Nuestro bienaventurado obispo Sotero no se contenta con seguir, con imitar sus ejemplos, sino que hace escesos á su caridad: no solo cuida de buscar y recoger limosnas, enviándoselas á los san-*

tos, sino que recibe con amor paternal á todos los hermanos que acuden á él, los consuela con sus palabras, los alienta con sus ejemplos, y los asiste con sus socorros.

No se contentaba Sotero con aliviar á los generosos confesores de Cristo con las grandes limosnas que los hacia; alentábalos, manteníalos, fortificábalos en la fe por medio de sus cartas, que inspiraban á todos los fieles nuevo fervor, y así se leían con veneracion en las iglesias. *Hoy celebramos el santo dia del domingo, continúa el santo obispo de Corinto, y hemos leído vuestra epistola, que prosequiremos leyendo para nuestra instruccion.*

Ni se dedicó con menor aplicacion á cortar, prevenir y atajar todo cuanto podia corromper la pureza de la fe que los herejes pretendian alterar, principalmente despues de la muerte de los apóstoles. Opúsose con vigor á la heregia de Montano, cuya secta comenzó á asomar la cabeza en su pontificado; y lo hizo con tanta valentia y con tanta felicidad por medio de sus sabios escritos, que muchos años despues no se echaba mano de otras armas para combatir contra Tertuliano, cuando se declaró sectario suyo.

Atento Sotero á todas las necesidades de la Iglesia, espidió varios decretos, entre los cuales hay uno que prohíbe á las Monjas tocar los vasos y los corporales, como tambien suministrar el incienso en el oficio divino. Gobernó S. Sotero la Iglesia por espacio de ocho ó de nueve años, y no podia faltar la corona del martirio á una vida tan pura, tan santa y tan apostólica como la suya, en un tiempo en que todo el infierno parecia haberse desencadenado contra los cristianos. Despedazadas en todas partes las ovejas, era consiguiente que el pastor no se escapase al furor de los tiranos; y aunque ignoramos el género de martirio con que nuestro Santo ilustró la fe, en todos los martirologios le hallamos contado en el número de los santos mártires. Sergio II trasladó su cuerpo del cementerio de Calixto á la iglesia de Equicio, dedicada á los santos S. Silvestre y S. Martin. Venéranse en Toledo algunas reliquias suyas, y se celebra su fiesta en aquella iglesia con grande solemnidad. Tambien guardan algunas en la suya los jesuitas de Munich en Baviera, y las conservan con mucha veneracion.

El mismo dia celebra la Iglesia la fiesta del santo pontífice Cayo, originario de Dalmacia, y pariente del emperador Diocleciano. Es probable que sus padres fueron cristianos, y que desde niño le criaron en los principios de nuestra religion. No se sabe con qué ocasion vino á Roma; y solo es cierto que por la pureza de sus costumbres, por el zelo de la religion, y por su vida

ejemplar fué recibido en el clero con general gozo de todos; y que en él se hizo desde luego distinguir, no menos por su sabiduría que por su virtud. Y como universalmente estaba reputado en Roma por uno de los mas santos clérigos de la Iglesia, muerto el papa Eutiquiano el año de 283, no se deliberó un punto sobre colocarle en la silla de S. Pedro.

Hallándose cabeza de los obispos y padre comun de todos los fieles, dió bien á conocer que estaba eminentemente dotado de todas las prendas necesarias para desempeñar tan elevado empleo. El zelo, el valor, la prudencia, la heróica virtud, y la ardiente caridad que mostró en todas ocasiones, le acreditó desde luego por uno de los mas dignos pontífices que hasta entonces habia logrado la Iglesia. No es fácil explicar la solicitud, el caritativo desvelo, y las fatigas de este santísimo papa durante aquellos calamitosos tiempos de persecucion y de trabajos. Como los cristianos se veian precisados á estar escondidos en los bosques, y sepultados en las cavernas, el santo pontífice por algun tiempo tomó tambien el mismo partido de esconderse para poder asistirlos. Visitábalos en las cuevas y en los montes; consolábalos, socorriálos, y los animaba á defender valerosamente la fe, aunque fuese á costa de la vida.

Habiendo calmado un poco la tempestad, volvió á Roma nuestro Cayo, acompañado de crecido número de confesores de Cristo. Pero renovada presto la persecucion contra los cristianos con mayor furia que nunca, en todas las plazas públicas, esquinas y enrucijadas de las calles se colocaron unos idolillos, con bando riguroso de que nada se pudiese comprar, ni vender, sin haberles antes incensado; y ni aun se podia sacar agua de las fuentes y pozos públicos sin ofrecer primero estos impios sacrificios.

En tan tristes circunstancias, nuestro vigilantísimo pontífice ordenó á Cromacio, que habia sido prefecto de Roma, y era á la sazón uno de los mas fervorosos discípulos de Cristo, que se retirase á su tierra para asistir á los cristianos que se habian refugiado en ella; y aunque deseó que S. Sebastian fuese tambien en su compañía, supo alegar tales razones este generoso defensor de la fe para persuadirle lo mucho que importaba que él asistiese cerca de su persona, que al fin se rindió á ellas, y dió orden al presbítero Policarpo para que siguiese á Cromacio.

Luego que partieron estos confesores, Cayo ordenó diáconos á los dos hermanos Marco y Marceliano, y de presbítero á Tranquilino su padre. Vivian todos juntos en casa de un oficial del emperador, llamado Castulo, zelosísimo cristiano, el cual tenia cuarto dentro del mismo palacio, y estaba en lo mas alto del edificio. Allí se

juntaban secretamente los fieles todos los dias, y el santo pontífice los apacentaba con la palabra de Dios, distribuyéndoles el pan de los fuertes, y celebrando el divino sacrificio.

Tiburcio, que era un caballero mozo, gran cristiano, y muy distinguido entre todos por su zelo de la religion, conducia cada dia algun nuevo neófito, á los cuales bautizaba S. Cayo despues de haberlos instruido.

Mientras nuestro Santo se ocupaba dia y noche en estas obras de caridad y religion, vinieron á decir á su hermano S. Gabino, que Maximiano, hijo adoptivo del emperador Diocleciano, pedía á su hija Susana para casarse con ella. Noticioso de esto el santo papa, envió á llamar á su sobrina, la cual, informada del ánimo del emperador, venia ya á echarse á los pies de su santo tio para pedirle su bendicion, y disponerse para el martirio. La conferencia fué breve, pero tierna: *Ya sabéis, amado tio mio (dijo la santa doncella) que habiendo hecho voto de castidad, no puedo dar la mano á otro esposo que á Jesucristo, y vengo á declararos que jamás la daré á otro. Viendo estoy que no habrá género de tormentos de que no se valga el tirano para obligarme á mudar de resolucion; pero llena de confianza en la misericordia de mi Señor Jesucristo, espero que antes me arrancarian mil almas del cuerpo, que la fe del corazon, y que no hará ni aun titubear la determinacion de vuestra humilde sobrina.* Desahaciase en lágrimas de ternura todos los circunstantes, pero mas enternecido que todos nuestro Santo, se contentó con darla su bendicion, y con exhortarla breve, pero patéticamente, á la perseverancia, y á no hacerse indigna de la gloria del martirio. Triunfó Sta. Susana de la crueldad y del furor de los tiranos; y todos cuantos estaban en Roma con nuestro Santo tuvieron la misma dicha, y consiguieron la misma victoria.

S. Cayo la alcanzó poco despues, conservándole Dios al parecer solo porque lograrse el consuelo de enviar delante de sí al cielo aquella ilustrísima tropa; siendo cierto, que sus gloriosos trabajos y felicísimas fatigas le habian hecho muy digno de la corona del martirio. Padecióle hácia el año 296, habiendo ocupado la silla de S. Pedro doce años y algunos meses. Fué enterrado en el cementerio de Calixto, y de allí fué trasladado su santo cuerpo el año de 1631 á una iglesia muy antigua de su mismo nombre; y en Novelara de Italia se conserva parte de sus preciosas reliquias.